

III. EL PREDICADOR LAICO/ LA PREDICADORA LAICA

1. La teología del laicado

El término “laico” proviene de la palabra griega *laikos*, que literalmente significa “que pertenece al pueblo”. Hablando estrictamente, *laikos* no aparece en la Biblia, pero su significado está claro: que pertenece al *laos*, el pueblo de Dios (Kraemer 155). En la Escritura *laos* se usa consistentemente para designar el **pueblo de Dios** frente a las “naciones”, palabra que se aplica mayormente al mundo pagano.

La palabra *laos* en el sentido de “pueblo de Dios” se aplica a Israel, a fin de expresar la relación especial de Dios con su pueblo. En el NT se refiere al “pueblo de Dios”, compuesto por gentiles y judíos.

Sin embargo, en muchas iglesias contemporáneas todavía se concibe el laicado como si tuviera en algún sentido un **status inferior**. Son los miembros “ordinarios” de la Iglesia opuestos a:

- Los especialistas y expertos, que son los teólogos en las iglesias. El laicado se considera incompetente cuando se trata del conocimiento teológico especializado. Son recipientes de información y el grupo a quien se dirigen todas las actividades educativas de la Iglesia.
- Los profesionales u obreros de tiempo completo de la Iglesia. El laicado, especialmente los trabajadores voluntarios, a menudo están impotentes, como una presencia que disturba el funcionamiento fácil de las cosas, y en algunos casos aun se consideran los rivales indeseados de los trabajadores a tiempo completo.

- Los ministros ordenados. El laicado no puede aspirar a poseer ninguna justificación que se derive de su oficio; lo único que puede hacer es ejercer una autoridad personal (Raiser 3).

Las funciones del clero no agotan, ni sobre todo reemplazan, todas las funciones de la Iglesia, o de la Iglesia operando en el mundo. En la Iglesia el pastor o la pastora son escogidos por Dios; él/ella ha sido preparado/a, adiestrado/a y colocado/a donde está para coordinar el trabajo. Pero Dios también ha escogido a su pueblo para servir, en coordinación con el clero, al mismo tiempo en la Iglesia y el mundo.

La importancia de la función del laicado, por ende, no compite con la del pastor, como si una le impusiera límites a la otra. Ambos convergen en el deseo común de presentar en el mundo moderno un signo positivo de juicio y esperanza, de acuerdo con el mandamiento de Jesucristo.

Mientras en la Biblia hay cierta distinción entre clero y laicado, mantienen un sacerdocio común como *laos*, aunque posean diferentes y complementarios dones y ministerios. En Éxodo 19:1-6, por ejemplo, encontramos la naturaleza y alcance de la vocación del pueblo de Dios: todo un pueblo separado para un propósito divino. Todos compartiendo la vocación común de ser pueblo de la nueva creación.

Estas ideas reflejan las enseñanzas del AT acerca de la vocación del pueblo de Israel. Es significativo que la primera epístola de Pedro toma estas mismas palabras y las aplica a la Iglesia (2: 9).

El ministerio del pueblo laico determina en gran medida la función de la Iglesia. Esto es abordado con claridad por Hendrik Kraemer en su clásico *Theology of the Laity* (Teología del Laicado):

“Haciéndole justicia a toda la narración de la historia de la auto-revelación de Dios, que tiene como propósito la salvación y la redención del mundo, se debe postular como primer punto que Dios se preocupa por el mundo. En todo lo que le ha acontecido a Cristo, toda la humanidad está en la vista de Dios. La Iglesia es provisional, no definitiva. De ahí que la Iglesia no existe para sí, sino para el mundo... La

Iglesia es realmente Iglesia al estar **centrada en el mundo**. Es una traición a su naturaleza y a su llamado, considerarse a sí misma como un refugio seguro del mundo. Sólo no siendo, o no deseando ser un fin en sí misma es que la Iglesia llega a ser verdaderamente Iglesia” (127-130).

El Dr. Kraemer concluye su libro *Teología del Laicado* expresando que:

“Si el laicado de la Iglesia, disperso por todo el mundo, fuera lo que está llamado a ser, el diálogo ininterrumpido entre la Iglesia y mundo pasaría por los laicos. Forman la proyección cotidiana repetida de la Iglesia en el mundo. Encarnan el encuentro entre la Iglesia y el mundo” (131).

Desde un punto de vista teológico, el laicado por su bautismo ha sido designado, llamado y consagrado a este ministerio; el bautismo, de hecho, es una ordenación para llevar a cabo el ministerio del Nuevo Pacto, que no es ni opcional ni subsidiario en la Iglesia, y que no es otra cosa que el servicio ofrecido por la Iglesia en el mundo. En otras palabras, el papel sacerdotal de la Iglesia no está confinado al clero, sino que ha sido también confiado al **pueblo de Dios** como un todo, para responder adecuadamente a ese mismo mundo donde ha sido llamado a vivir.

Mark Gibbs en su artículo “Laicado” del *Westminster Dictionary of Christian Theology*, reconoce que en la Edad Media se desarrolló una aguda distinción que degradó los ministerios de los laicos y puso énfasis en las funciones especiales del clero. Pero en la Reforma algunos protestantes recobraron mucho de la Biblia, y especialmente de las enseñanzas del NT, lo que después tuvo un gran impacto en los movimientos evangélicos de los siglos XVIII y XIX, que pusieron gran énfasis en las responsabilidades de todos los cristianos comprometidos (incluyendo la predicación, como lo veremos más adelante).

Sin embargo, se esperaba normalmente que el laicado ayudara al clero en el trabajo eclesiástico, mas bien que desarrollar sus propios

ministerios en sus ocupaciones, y fueron a menudo considerados, y ellos mismos se conceptuaban así, como un grado inferior de cristiano comparado con los ministros ordenados (318).

El laicado, a diferencia del clero o los obreros eclesiásticos de tiempo completo, se entiende como representante de la Iglesia en el mundo secular. Esto ha sido particularmente importante para los cristianos en Cuba en los últimos cuarenta años. Al principio de la revolución cubana en 1961, cuando se proclamó el carácter ateísta por el estado, la discriminación hizo muy difícil ser Iglesia en el mundo. Pero un grupo de miembros de la Iglesia permaneció fiel, a pesar de la hostilidad.

Como resultado de esta política oficial de ateísmo en aumento —entre otras razones—, alrededor del 70% de los pastores cubanos abandonaron el país, así que el laicado asumió un papel importante, no sólo para ser Iglesia en el mundo, sino también manteniendo muchas iglesias vivas y funcionando.

Se empezaron a organizar talleres para prepararlos y en la Iglesia Presbiteriana-Reformada, por ejemplo, se adoptó aún **una sola ordenación** para pastores y laicos, tratando de ser fieles a la herencia reformada, y como resultado del sistema socialista, ayudaron a ampliar su alcance, a no ahondar más la separación entre clero y laicado. Tales decisiones capacitaron al laicado teológica y prácticamente para llevar a cabo la misión de Dios en la nueva situación de Cuba.

Aceptar el ministerio del laico es muy significativo para los cristianos cubanos, ya que, según el Nuevo Testamento, la verdadera autoridad de la Iglesia le pertenece al pueblo, a la gente de la base, y no necesariamente al clero o los dirigentes. Esta misma ordenación para clero y laicado a la vez, elegidos por el pueblo, los envía con las mismas responsabilidades y “privilegios” teológicos, a saber: predicar, enseñar y aun administrar los sacramentos.

Como hemos visto, a través de la historia de la Iglesia ha habido una tendencia recurrente a subordinar el ministerio del laicado al ministerio del clero, como si los pastores y sacerdotes fueran una suerte

de cristianos de élite, comisionados para gobernar al laicado inferior. Esta tendencia fue condenada por los reformadores, quienes afirmaron el principio del “sacerdocio universal de todos los creyentes” (Willimon 277). Este último principio ha sido un reto en Cuba en muchos casos durante los últimos cuarenta años.

Por tanto, la tarea de la Iglesia se ha definido como la de reunir y equipar al laicado para su servicio de testimonio en el mundo, en la sociedad cubana, pero también en su servicio en la Iglesia, por la **proclamación de la Palabra**, propósito central de esta *Guía para predicadores laicos cubanos*.

De modo que la existencia cristiana entre la Iglesia y el mundo, se expresa en el movimiento doble de reunirse para la proclamación de la Palabra y la celebración de los sacramentos por un lado, y enviarlos para ser “sal y luz” en el mundo, por el otro. Así el laicado es urgido a ser la Iglesia en el mundo y el mundo en la Iglesia.

El teólogo reformado suizo Karl Barth dijo que para ser un testigo fiel, tendríamos que tener el periódico en una mano y la Biblia en la otra, y que en tal interacción entre Iglesia y mundo es que el testimonio cristiano se hace real. Aun cuando un pastor o una pastora ordenados estén socialmente conscientes y comprometidos, quizás no hay nadie como el laicado, como pueblo encarnado en el mundo, que realmente sepa qué significa tener en una mano el “periódico” de la vida diaria.

Y así el clero, en compañía del laicado, con una mejor preparación bíblica y teológica puede ayudar y estimular al laicado a sostener en la otra mano la Biblia, apropiada y responsablemente.

2. La teología de la predicación

Según David M. Greenhaw en su artículo “Teología de la predicación”, este asunto tiene que ver con el papel y el lugar de la predicación en la vida de la iglesia cristiana. Brega con la cuestión de qué está haciendo la Iglesia cuando predica.

Esto es, una teología de la predicación tiene que ver con las expectativas de la predicación, que abarca dos cuestiones principales: aquellos que esperan que la predicación principalmente ayude a desempeñar un papel en la **santificación** de la gente de fe, y los que esperan que principalmente desempeñe un papel en la **justificación** de los seres humanos ante Dios (477-478):

1) La predicación y la santificación:

A través de la historia cristiana la predicación ha instruido a los fieles en la vida cristiana y los ha exhortado a vivir en consecuencia. Su foco ha sido la **santificación** de los cristianos, esperando llevar a los oyentes hacia una vida cristiana más consistente. Explica los principios de la fe cristiana y los aplica a la vida actual.

También trata acerca del oficio del predicador / de la predicadora, quien estaría idealmente entre aquellos capaces de hacer una interpretación cuidadosa y fiel de las tradiciones de la Iglesia. El o ella deben tener suficiente preparación y carácter para promover un estilo de vida intachable, explicar las fuentes de la vida cristiana y aplicarlas inteligentemente a la situación actual. Este grupo toma también los textos bíblicos como fuente principal de la enseñanza y el testimonio cristianos. Finalmente, el contexto de la predicación es centralmente importante para la predicación de la santificación. La situación del oyente es el lugar donde es retado a poner en práctica su fe. Predicar de esta forma provee una guía moral y frecuentemente implica la instrucción o la preparación para recibir los sacramentos, especialmente la eucaristía (Greenhaw 478).

2) La predicación y la justificación:

Un elemento decisivo de la Reforma fue la afirmación de que la Palabra de Dios era eficaz para la justificación. Con esta aseveración los reformadores elevaron la categoría de la predicación desde un discurso edificante a una palabra reveladora de gracia. Dios, a través del Espíritu Santo, efectúa la salvación de Cristo para el oyente de la palabra.

Si la palabra de Dios posee tal poder, y si puede ser enunciada por los predicadores humanos, entonces la voz del predicador puede convertirse en la voz de Dios. Por tanto, la conexión entre los textos bíblicos y las palabras del predicador se convierten en el foco central de las teologías de la predicación, que se completan con los contextos históricos y sociales de la predicación. Los contextos se vuelven el punto de contacto más importante entre la palabra de Dios en la Biblia y la palabra de Dios en el sermón (Greenhaw 478-479).

David M. Greenhaw concluye su artículo relacionando las **teologías diversas** con las **diferentes expectativas de la predicación**. Dice: “Un fruto principal del énfasis de la Reforma sobre la predicación es un sentido más agudo de lo que se espera de ella. Un recuento breve de sus principales figuras y tradiciones, indica muchas y diferentes expectativas de la predicación”.

El teólogo protestante alemán Friedrich Schleiermacher sostuvo que la predicación asumía un papel importante en la conformación de la experiencia de Dios del oyente. Pero mientras Schleiermacher se ceñía a la experiencia subjetiva de los que escuchaban el sermón, el teólogo reformado Karl Barth acentuaba el carácter objetivo de la predicación.

Lo que se espera de la predicación no es nada menos que Dios mismo hablando, la revelación de Dios en la forma triple: a) como palabra proclamada por la Iglesia, b) como palabra testimoniada en la Escritura y c) como palabra revelada en Jesús y en la historia de Israel.

Por otro lado, el teólogo reformado alemán Jürgen Moltmann, como Barth, comienza con la doctrina de la revelación, pero viéndola como la promesa de una realidad radicalmente nueva, el *eschaton*.

Por ende, la conexión entre el texto bíblico y el escenario contemporáneo se da a través de un futuro compartido, a través de la esperanza; con la introducción de la dimensión escatológica en la teología contemporánea de la predicación, compartida por

diversas teologías de la liberación, que lo entienden como el reino de Dios prometido, que se yergue como juicio contra la injusticia, la pobreza y la opresión actual.

Escuchar a las voces de los marginados y oprimidos es un tema unificador no sólo para las teologías de la liberación, sino que también es un fuerte tema en las teologías feministas (479-481) y otras “teologías del Tercer Mundo”. El concepto de revelación en la teología de la predicación es un tema fundamental tratado por muchos teólogos. Para Fred B. Craddock, por ejemplo:

“Se entiende la predicación como hacer actual y apropiada a los oyentes la revelación de Dios. Aquí se usa revelación no en el sentido de su contenido, aunque haya un contenido, sino en el sentido de modo. Si la predicación en algún sentido es una continuación en el presente de la revelación de Dios, entonces lo que hacemos y cómo lo hacemos debe estar en armonía con nuestra comprensión del modo de la revelación. A riesgo de parecer presuntuoso, podemos decir que estamos aprendiendo nuestro método de comunicarnos con Dios. En otras palabras, a partir de la transacción que denominamos revelación es que podemos entender y realizar esa transacción que llamamos predicación. Esto es, que la vía de la Palabra de Dios en el mundo es la vía del sermón en el mundo” (51-52).

En el contexto cubano, la teología de la predicación está íntimamente vinculada al pueblo. El Rdo. Carlos Camps, profesor en el Seminario de Matanzas, dice en el prefacio de uno de sus libros:

“Se trata de una teología que arranca de la reflexión del pueblo de Dios aquí en Cuba, especialmente durante los años tan interesantes para nosotros los cubanos; si se trata de un trabajo teológico que ha establecido una retroalimentación que va desde el pueblo hacia el teólogo, y desde el teólogo hacia el pueblo [...] lo que se predica es y ha sido resultado de esa dialéctica entre la Palabra de Dios, que se clava desafiante en nuestro medio haciéndose carne entre nosotros, y las expectativas que provoca vivir inmersos en las realidades y las luchas de nuestro contexto”. (13)

Walter Burghardt, un sacerdote católico-romano, reconocido como uno de los mejores predicadores en los EE.UU. en la actualidad, resume su teología de la predicación bajo cuatro grandes grupos:

“(1) Un regreso a la Biblia, al AT y al NT para la inspiración y el contenido homilético; (2) una conciencia ahondada del vínculo entre liturgia, Escritura y homilía; (3) prioridad de la imaginación sobre la claridad cartesiana; y 4) un interés angustioso porque la fe encuentre expresión en la lucha por la justicia social” (2).

Dos definiciones que se hallan en el libro de Karl Barth *La proclamación del Evangelio*, se aplican directamente a la predicación por el laicado. Dice:

“1. La predicación es la Palabra de Dios pronunciada por Él mismo. Dios utiliza como le parece el servicio de un hombre que habla en su nombre a sus contemporáneos, por medio de un texto bíblico. Este hombre obedece así a la vocación que ha recibido de la Iglesia y, por su ministerio, la Iglesia realiza la misión que le corresponde. 2. La predicación es fruto de la orden dada a la Iglesia de servir a la Palabra de Dios, por medio de un hombre llamado a esta tarea. Para este hombre se trata de anunciar a sus contemporáneos lo que deben oír de Dios mismo, explicando, en un discurso en el que el predicador se expresa libremente, un texto bíblico que les concierne personalmente” (13).

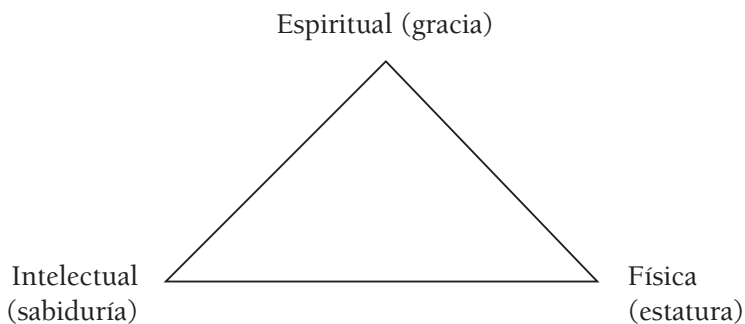
3. El predicador laico / la predicadora laica

El tercer “pie” del “trípode homilético” es el predicador / la predicadora. En los capítulos previos hemos estudiado la importancia en la tarea homilética de hacer la exégesis de la Biblia y de la congregación, ahora enfocamos la necesidad de hacer la exégesis al predicador laico / la predicadora laica. Podríamos tener un excelente trabajo exegético y un gran análisis de la congregación, pero si el predicador o la predicadora no están preparados, el “trípode homilético” no sostiene al sermón.

Como se señaló anteriormente, tenemos razones históricas y bíblicas para equipar al laicado para la predicación. Porque entre el *laos*, desde tiempos muy tempranos en la vida de la Iglesia, algunos individuos fueron designados como sus dirigentes.

Fueron separados para los ministerios especiales de enseñar, **predicar**, presidir en la eucaristía y otros actos: “Así preparó a los suyos para un trabajo de servicio, para hacer crecer el cuerpo de Cristo” (Ef 4:12, V.P.) (Willimon 278).

Pero ¿cómo podemos hacer la exégesis del **predicador laico** o la **predicadora laica**? Podemos hacerlo si desarrollamos los siguientes **talentos personales**, tomando en consideración que haya un equilibrio entre las tres preparaciones: la **espiritual**, la **intelectual** y la **física**, que se representan mediante el gráfico siguiente, inspirado en el paradigma del **crecimiento integral** de Jesucristo (Lc 2: 52): “Y crecía Jesús en **sabiduría** y en **estatura**, y en **gracia** para con Dios y los hombres”:



► La preparación espiritual:

Es muy importante que el predicador o la predicadora se preparen espiritualmente a través de la **oración y la meditación acerca de la Biblia**. Después de todo, el predicador o la predicadora son instrumentos que Dios usa para comunicar su mensaje.

El ejercicio devocional fortalece la relación de fe con el Dios viviente, la fuente del mensaje. La oración es fundamental para la preparación y exposición del mensaje y de la vida misma. Oramos a fin de pedirle a Dios el mensaje, buscar la sabiduría durante la preparación, pedir el poder divino para su presentación y finalmente dar gracias al Señor por el mensaje dado a la congregación. Por tanto, el predicador o la predicadora oran para sí, pero también para sus oyentes.

También cultivamos nuestra vida espiritual a través de la **lectura devocional de la Biblia** y otra literatura apropiada. Fortalece nuestra fe, nuestra dependencia del Señor, nuestra relación íntima con Él. A través de la lectura devocional de la Biblia como predicadores y predicadoras podemos discernir mejor y más precisamente la voluntad de Dios.

► **La preparación intelectual:**

El **predicador / la predicadora debe prepararse intelectualmente** también. La Biblia no sólo fortifica el espíritu, sino también el intelecto de la persona que está transmitiendo el mensaje del Señor.

Durante el proceso de preparación es conveniente leer el pasaje varias veces, con el objetivo de que afecte primeramente la vida del predicador / la predicadora y después la del resto de la congregación. El capítulo 1 de esta *Guía* trata de lo relacionado con el texto bíblico, pero también el sermón se basa y es proclamado en nuestro propio contexto, lo cual fue abordado en el capítulo 2.

Por tanto, la preparación intelectual toma seriamente en consideración, por una parte, el texto bíblico, y por otra, el mundo contemporáneo, que se enfoca primero en la congregación, pero que va más allá, a la *oikoumene*, el hogar global, a toda la creación. En este punto el predicador necesita un discernimiento claro para organizar apropiadamente sus ideas y pensamientos.

Al prepararnos intelectualmente debemos tomarnos tiempo para un **descanso mental**, bien sea reposando o leyendo novelas, biografías, escuchando música, etc., o caminando o entreteniéndonos, todo

lo cual nos ayuda como predicadores / predicadoras a descansar del contenido del sermón por un momento.

► **La preparación física:**

- a) La apariencia física del predicador o la predicadora es también muy importante. La manera como se viste (“decentemente y en orden”), la limpieza de los zapatos y del cuerpo son muy importantes para conservar en alto su dignidad, para merecer el respeto y la atención de los oyentes.
- b) La postura del cuerpo frente a la congregación también es primordial. El predicador / la predicadora debe pararse derecho con los hombros naturalmente hacia atrás, de forma relajada y respirando profundamente.
- c) La voz es nuestro medio principal de comunicación. Debe regularse. Hablar alto pero no gritando, armónicamente, controlando el volumen y modulando la voz. A través de nuestra voz podemos expresar sorpresa, felicidad, tristeza, dolor y otros sentimientos. A fin de conseguir una voz clara, debemos tener en cuenta los siguientes factores:
 - 1) Una respiración correcta, para conseguir tonos suaves y proteger la garganta de irritaciones y evitar perder la voz. La garganta debe permanecer relajada y abierta, a fin de que el aire circule libremente. Esto puede conseguirse mediante ejercicios.
 - 2) La voz debe ser clara, con la debida articulación y dicción de las palabras. Muchas personas, sobre todo aquí en Cuba, no pronuncian las palabras claramente. Esto puede lograrse, primero, leyendo despacio y después más rápidamente, siempre con una articulación clara.
 - 3) También hay que cuidar la modulación. Una voz monótona, con el mismo tono todo el tiempo, produce pereza en la audiencia. Para dar énfasis a una palabra no siempre es necesario aumentar el volumen de la voz. El énfasis puede también efectuarse hablando despacio o rápidamente y aún después de una pausa corta. Luego, mientras se predica, según

el énfasis que se requiera, el predicador / la predicadora puede aumentar o reducir el volumen y el ritmo de la voz. Dice un folleto de la Iglesia Reformada Unida del Reino Unido que:

“Hay que recordar el EPPIT (**entonación, pausa, paso, inflexión y tono**) cuando se habla, su uso y variación darán interés y variedad a su presentación.

“Diferencie la **entonación** de su voz para sugerir emoción, actividad, sorpresa, reverencia, reflexión, paz y serenidad.

“Use la **pausa** para hacer énfasis y aumentar el efecto dramático. Use pausas para separar las ideas y temas de su sermón. Use pausas durante las oraciones para hacer que la congregación entre más plenamente en el clima de la oración.

“Varíe el **paso** del habla para reflejar también el contenido de lo que está diciendo... y recuerde que generalmente Ud. necesitará hablar más lentamente en la iglesia que lo que Ud. haría en una conversación normal en una pieza pequeña.

“La **inflexión** y el **énfasis** en su voz pueden ayudar a sus oyentes al reflejar su humor, sugerir preguntas, implicar cosas graciosas, gozo, tristeza, sarcasmo e ironía, aprobación y desaprobación.

“El **tono** general de su voz ayudará a la congregación en la adoración.

“Deseamos dignidad, pero no pomposidad ni hieratismo, deseamos calor, pero no informalidad ni falso sentimentalismo. Pero no exagerar el EPPIT, porque no se trata de imitar a un retórico dando una ‘recitación dramática’”.

d. Pero también comunicamos el mensaje a través del gesto o el movimiento de nuestros cuerpos. Hay un “lenguaje del cuerpo” que también es muy significativo. Particularmente debemos tener en cuenta:

1. **La expresión del rostro.** Esto incluye la expresión de los ojos. En la forma en que miramos a una persona se expresa un mensaje o una forma de humor. Puede ser amor, odio, compasión, venganza, vergüenza, aflicción.

Al enunciar el mensaje todo esto puede expresarse por medio de ilustraciones o expresando pensamientos. Por ello es importante

establecer un contacto directo o “diálogo” entre los ojos del predicador / la predicadora y los de la audiencia. Por tanto, hay que evitar pegar los ojos al papel.

Lo mismo podría decirse del resto del rostro. Una sonrisa, la seriedad o la aflicción son recursos para conservar la atención de los oyentes, pero deben estar en armonía con los sentimientos que se expresan. Sería incorrecto sonreír mientras se esté hablando de nuestros pecados, o demostrar aflicción cuando ponemos énfasis en la paz y el gozo del Evangelio de Jesucristo. El humor se puede usar, pero con sabiduría.

2. **La posición del cuerpo.** Los diferentes movimientos del cuerpo nos pueden ayudar a expresar mejor un mensaje, pero es muy difícil determinar una regla al respecto. Esto cambia de acuerdo con el individuo. Lo más importante es que la persona esté natural, ya que es desafortunada la imitación de otros u otras, y en general manténgase en una posición recta, evitando demasiados movimientos de un lugar a otro o recostarse al púlpito.
3. **El uso de las manos.** Asimismo, cada movimiento debe estar en armonía con el contenido del mensaje. Los movimientos sin objetividad, en vez de ayudar, ocasionan la distracción de la audiencia. Algunos predicadores golpean fuertemente el púlpito para acentuar alguna verdad, pero es una fea costumbre. Si no se usan las manos en algún gesto, es mejor dejarlas quietas, evitando ponerlas en los bolsillos o jugando con los botones, las llaves, las orejas o los aretes. Lo más importante es recordar que los gestos deben ser naturales y con un propósito definido.
4. **Humildad.** El sermón no es para exhibir el conocimiento del predicador / la predicadora, sino para instruir al pueblo de Dios y elevar el nivel de la congregación. El mensaje es lo que hay que acentuar, pero nunca el predicador / la predicadora. Se recomienda también evitar la verbosidad o la palabrería.
5. **Testimonio.** El predicador / la predicadora es desafiado a vivir lo que predica. Un principio que nunca debemos olvidar es: “Si tu vida no es un mensaje, tu mensaje no tiene vida”, o como dijera nuestro José Martí: “No hay mejor sermón que la propia vida”.
6. **Confianza.** El predicador / la predicadora debe poner su confianza primeramente en el Señor. Esta es la razón por la que debe

“mantenerse en contacto” con Él, pero la auto-confianza no es menos importante. Esta es la razón por la cual el predicador / la predicadora debe estar en general bien preparado, y particularmente en el tópico o texto bíblico que está usando.

Un paradigma bíblico que sustenta esta preparación “holística” (integral) del predicador laico / la predicadora laica, es el texto de Lucas, capítulo 2, que se refiere a la ocasión en que los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén para la celebración de la fiesta de la Pascua.

Jesús compartió experiencias con los maestros del templo y luego regresaron a Nazareth, y el verso 52 concluye: “Y Jesús seguía creciendo en **cuerpo y mente**, y gozaba del **favor de Dios y de los hombres**”, lo cual es una invitación permanente a cada predicador / predicadora a seguir continuamente creciendo en sabiduría (intelectualmente), en estatura (físicamente) y en favor con Dios (espiritualmente), lo que es interesante, porque incluye también nuestras relaciones “horizontales” con nuestros vecinos.

4. Preguntas de la guía de estudios

1. Describa en sus propias palabras el significado de “teología del laicado”.
2. ¿Cómo define Ud. “teología de la predicación”?
3. ¿Cuáles son los componentes de la exégesis del predicador / la predicadora? Descríbalos con sus propias palabras.

